Epílogo:
De la Tierra a la Luna

Maquetación: Luis Miguel Pascual

Epílogo: De la Tierra a la Luna

Tercer concurso de relatos cortos de Radio Skylab

—

Versión 1.0

Enero 2020

Licencia Creative Commons Atribución - No comercial - Sin obra derivada

http://radioskylab.es/

Sumario

Prólogo 7
Regreso a la Tierra 8
De la Tierra a la Luna (final alternativo) 10
XXIX — Cronometrando entre las sombras 13
Epilogo 15
Epílogo alternativo 18
La carrera 21
Postdata 23
Extracto: Misión “Apollo—Incertum” 25
Epílogo 27
10 millones de años después 30
Legado 32
Epílogo 34
Exploradores 36
Epílogo 39
La carta de Berlín 41
No juegues al golf en Fra Mauro 44
Capítulo XXIX. El mensaje 46
Epílogo 48
El destino 51

Julio Verne en 1892

Wikimedia Commons

Prólogo

Por escribir algo...

Estamos en 1865. El primero de diciembre, a las once menos trece minutos, ni un segundo antes ni después, debe ser lanzado aquel inmenso proyectil. En su interior viajarán tres originales y pintorescos personajes, los tres primeros hombres que se dirigen a la Luna. Es un proyecto fabuloso que ha despertado el interés del mundo entero.

Pero no es tarea fácil tener todo listo para esa fecha. Sin embargo, si esto no se logra, habrá que esperar dieciocho años y once días para que la Luna esté en las mismas condiciones de cercanía de la Tierra.

Desde hace ciento cincuenta años Julio Verne ha sido la inspiración de los jóvenes de todas las generaciones en todas partes del mundo.

El equipo de Radio Skylab

Regreso a la Tierra.

Roberto López

La actividad en el Gun-Club era frenética. Los socios murmuraban entre sí en diversos corrillos y alzaban la voz y discutían airadamente. Inicialmente la zozobra y el desasosiego se habían apoderado de ellos, una vez que recibieron el cablegrama del secretario J.T. Maston advirtiendo que los tres intrépidos aventureros habían quedado cautivos en una órbita alrededor de la luna. Incluso el New York Herald apostillaba con el trágico desenlace que sufrirían irremediablemente. Ahora, en cambio, habían recibido la noticia de la llegada a Baltimore de Maston y Belfast con una interesante propuesta.

— Orden, caballeros, !Ooorden¡ —dijo el comandante Elphiston levantando la voz y golpeando la mesa con su bastón—. Nuestros amigos, después de días observando por el telescopio de Long´s Peak la posición y trayectoria del proyectil, han llegado a la conclusión de que Barbicane, Nichols y Ardan están en perfecto estado y han ideado un plan para traerlos de vuelta.

— ¡Hurra!, ¡Hurra!— gritaron los artilleros del Gun-Club —. ¡Son unos valientes!. ¡No pueden morir así!, ¡Tal vez la civilización selenita los pueda ayudar a bajar! —decían otros.

— ¡Caballeros! —interrumpió Maston subiéndose al atril—. Silencio, por favor. No sabemos si los selenitas nos ayudarán, si es que los hubiera. Por de pronto, la solución nos corresponde a nosotros, y la única opción viable es cambiar la trayectoria del proyectil para que puedan escapar de su órbita circular y regresar a casa. Para ello, —dijo con solemnidad—, haremos una carambola cósmica. Dispararemos una bala que alcance a la nave y modifique su trayectoria.

— ¿Como en una partida de billar? —dijo Wilcome.

— Exactamente —le interrumpió el ingeniero Murchison, que se estaba encargando de los preparativos—. Nos quedan todavía 500.000 libras de algodón pólvora para producir gas, y el cañón Columbia ya está construido. Fundiremos aluminio para hacer la bala, mientras los matemáticos de la universidad de Massachussets hacen los cálculos precisos para el disparo.

Los días siguientes transcurrieron frenéticamente, ya que eran conscientes que aunque en la nave tenían víveres para casi un año, el gas para calentarse y cocinar se les acabaría en pocas semanas. El mundo entero estaba pendiente de tan arriesgado rescate, y corrían ríos de tinta en las editoriales de los periódicos.

Una vez que tuvieron todo preparado, Murchison se dispuso a encender la mecha para la deflagración, y un estruendoso sonido y una bala de cincuenta pulgadas salieron del enorme cañón. Cuatro días tardó la bala en alcanzar la nave y, al golpearla por detrás, modificó su trayectoria cayendo sobre la tierra. Maston y Belfast fueron testigos desde el observatorio de las Montañas Rocosas, enviando un cablegrama a Baltimore relatando el éxito de la operación y la inminente caída hacia el océano.

Cuando la corbeta alcanzó la nave en medio del mar, Barbicane dio un gran abrazo a Maston nada más salir del proyectil, y cuando fue preguntado por lo que había visto en la luna, Barbicane le respondió al oído:

— Cosas maravillosas, amigo mío, cosas realmente maravillosas.

De la Tierra a la Luna (Final Alternativo)

Ramón López (Lanzarote)

En medio de la atronadora explosión, el proyectil había partido hacia su destino. Debido a la violencia del lanzamiento nuestros tres tripulantes habían perdido el conocimiento. Pasarían nueve minutos hasta que el primero recuperó la consciencia.

— ¡Por todos los demonios!. Estoy de una pieza, veamos cómo están mis compañeros —exclamó Ardan.

Primero ayudó a Barbicane y luego a Nicholl. Cuando se recuperaron, desmontaron el sistema de absorción de impactos y se acercaron a las ventanillas del proyectil para saber si el lanzamiento había sido exitoso y se encontraban en camino.

Tras las primeras observaciones pudieron calcular que el proyectil había obtenido la aceleración necesaria y se dirigía hacia su destino, la Luna, así que las siguientes horas las dedicaron a poner orden en su provisional hogar.

Según pasaban las horas, Nicholl y Barbicane se afanaban en sus observaciones para refinar sus cálculos y así averiguar en qué punto de la Luna aterrizarían.

— ¡Maldición! —exclamó Nicholl—, según mis cálculos llevamos una pequeña desviación en la trayectoria y creo que no la alcanzaremos por poco, sino que pasaremos justo a su lado, ¿tú qué dices Barbicane?.

— Pues según mis cálculos tengo que darte la razón, si continuamos con esta trayectoria, yo diría que acabaremos en órbita alrededor de nuestro satélite

— ¡Magnífico! –interrumpió Ardan–. Nos convertiremos en la Luna de nuestra Luna, será un lugar privilegiado para nuestras observaciones.

Así pasaron tres jornadas hasta que la Luna ya ocupaba buena parte de la ventanilla delantera y Ardan llamó la atención de sus compañeros.

— ¡Ahí delante hay algo!. Es como si una enorme burbuja estuviese suspendida delante de nosotros y creo que nos dirigimos hacia ella.

Al momento, Barbicane y Nicholl se asomaron a la ventanilla y se quedaron atónitos.

— ¡Caramba! —exclamó Barbicane—, es como una enorme bola de cristal transparente y sí, nos dirigimos hacia ella, ¡deberíamos prepararnos para el impacto inmediatamente!.

Los tres viajeros se sentaron en sus sillones y se prepararon para el impacto que tendría lugar en pocos segundos. Cuando ya estaban a punto de "chocar", en vez de impactar fue como si entrasen en un extraño túnel. Luces de todos los colores los rodeaban. Desde las ventanillas no veían más que el extenso y colorido túnel hacia delante y hacia atrás el cual atravesaban a una velocidad vertiginosa, hasta que de repente y de la misma forma que habían entrado en el túnel, salieron de nuevo al espacio.

De inmediato pudieron comprobar que aparentemente nada había cambiado, se encontraban en órbita alrededor de la Luna y se dispusieron a observar a través de las ventanillas.

Ardan cogió el catalejo más potente para observar la superficie. En estos momentos sobrevolaban el Mare Tranquilitatis.

— ¡Estoy viendo algo ahí abajo!, creo que estoy viendo una especie de insecto, ¡eso es! Es una araña lunar de cuatro patas y creo que hay dos seres moviéndose alrededor.

— ¡Por todos los cielos Ardan!. ¿Te has vuelto loco?, déjame el catalejo.

Barbicane pudo comprobar que lo que decía su amigo era cierto, ¿habían encontrado vida en la Luna?.

— Pues eso no es todo, —interrumpió Nicholl—, ahí delante, a unos centenares de metros, veo un proyectil plateado similar al nuestro.

Mientras tanto, en el interior de ese nuevo proyectil plateado, un hombre solitario hablaba a través de un extraño intercomunicador:

— ¿Houston?, Columbia.

— Adelante Columbia, te escuchamos alto y claro, Michael.

— Chicos, no os vais a creer lo que estoy viendo...

XXIX. Cronometrando entre las sombras

Alfonso Abascal

J. T. Maston y J. Belfast tomaron la determinación de monitorizar la distancia del proyectil a la Luna. El 12 de diciembre midieron el ángulo subtendido entre el débil punto luminoso y el limbo lunar. Obtuvieron un ángulo de 39'42'', que proyectado a 245.328 millas de distancia, equivalía a 2.833 millas de altura.

Las implacables reglas de la perspectiva condenaban a esta medida a ser una cota mínima. Tan solo en los momentos de máxima separación visual la triangulación devolvería la distancia buscada. Pero había dos condiciones inexcusables que impedían asegurar el éxito: en esos instantes la Luna debería alzarse sobre el horizonte de Long's Peak; y el proyectil no debería estar eclipsado bajo la sombra de la propia Luna, cuestión esta tan solo asegurable en las inmediaciones del plenilunio.

Pero el ingenio de los astrónomos sabe abrirse paso a través de los angostos límites observacionales. Lo mismo que Ole Rømer cronometró las entradas y salidas de Io en las sombras de Júpiter para medir la velocidad de la luz, J. Belfast y J. T. Maston se dispusieron a cronometrar las entradas y salidas del proyectil en las sombras lunares.

El miércoles 13 y el jueves 14 las condiciones meteorológicas fueron adversas e impidieron observar. Tampoco fue posible a lo largo de la siguiente semana, coincidente con la Luna nueva.

La noche del jueves 21 al viernes 22, con la Luna culminando el cuarto creciente, localizaron de nuevo al proyectil y comenzaron a cronometrar.

Todas las noches enviarían por telégrafo sus observaciones al astrónomo Asaph Hall, director del Observatorio Naval de los Estados Unidos y una eminencia en el cálculo de órbitas. Él remitiría de vuelta sus cálculos antes de la siguiente sesión observacional.

Los primeros resultados llegaron a última hora de la tarde del viernes e indicaban que la distancia del proyectil a la superficie lunar era de 3.003 millas, con un margen de 210 millas.

El sábado 23 los cálculos arrojaron una distancia de 2.972 millas, una tolerancia de 148 millas, y revelaron una órbita casi perfectamente circular. Los datos recogidos la noche del 23 al 24 fueron consistentes con los anteriores: 2.954 millas y una incertidumbre de 118 millas.

Para la noche del 24 al 25, Asaph Hall preparó indicaciones sobre la zona e instantes en los que prestar mayor atención.

Pasadas las ocho de la mañana J. T. Maston y J. Belfast enviaron sus observaciones, desesperanzados: las predicciones de Asaph Hall resultaron de todo punto incorrectas.

El telegrama de respuesta llegó inusualmente tarde, al filo de la medianoche del 25 al 26:

Disculpen la tardanza, debida a la repetición de los cálculos para disipar toda sombra de duda. El proyectil mantiene una órbita con excentricidad 0.2, pero la distancia ha disminuido hasta las 2.552 millas, la incertidumbre es de 178 millas.»¡Barbicane, Nicholl y Michel Ardan han encontrado la forma de acercarse a la superficie lunar!.

Tengan una Feliz Navidad.

Asaph Hall.

Epílogo

Gonzalo Carballido

— ¡Algo no va bien! -exclamó Barbicane desde la escotilla—. ¡En lugar de precipitarnos sobre la Luna, orbitamos a su alrededor!.

— En efecto -asintió Michel Ardan—, y corremos el peligro de convertirnos en su satélite.

— ¡En tal caso ayudadme! —masculló Nicholl mientras presionaba la cara posterior del proyectil—.

— ¡Hagamos fuerza para frenarlo! Así perderá velocidad y... ¿Por qué sonreís?.

— Disculpadme, no he podido evitar imaginar a las generaciones futuras escuchándole hablar sobre generar empuje desde nuestra cámara troncocónica, violando las leyes de conservación del momento. Probablemente una proposición así sería impensable en los siglos venideros.

— Ciertamente, —asintió el capitán, avergonzado—.-¿Qué sugerís entonces?.

— Que disfrutemos de las vistas mientras reflexionamos.

Dicho esto se aproximó a la escotilla..., para retroceder de inmediato.

— ¡Acérquense a ver esto! —exclamó—.

Frente a ellos una luz destacaba en el firmamento acompañada por un tenue halo turquesa.

— ¡Un cometa! -clamaron al unísono—.

— Pero... ¿Cómo es que Belfast no lo avistó desde Cambridge? —lamentó Barbicane, atónito—.

— Probablemente solo pueda ser observado desde el Hemisferio Austral —razonó el francés—. Todo esto me da una idea. Creo recordar que disponemos de un sextante ¿verdad?.

— En efecto —confirmó Barbicane—, pero esto no es un navío.

— Eso ya lo veremos. ¡Acumulen los cohetes al fondo y aíslen la zona!. ¡Los haremos estallar para obtener impulso!.

Por unas horas, mientras Michel Ardan calculaba su posición, Barbicane y Nicholl ultimaban los preparativos.

— ¡Dense prisa!. A esta velocidad y con ayuda de la detonación, podremos abandonar la órbita y aproximarnos al cometa.

— ¿Al cometa? —protestó Nicholl— ¡Pero eso nos alejará todavía más de la Luna..., y de la Tierra!.

— Cierto, pero su masa ejercerá la suficiente atracción como para curvar nuestra trayectoria, regresando a casa tras visitar dos espectaculares astros.

— Si es que sobrevivimos a la explosión.

— Pronto lo sabremos. ¡Enciendan la mecha y sujétense!.

A pesar de las precauciones, el estallido los arrojó al suelo violentamente.

— Un medio de transporte con tanta sacudida corre riesgo de volverse impopular —gruñó Michel Ardan—.

Desde el cristal se apreciaba como, tras desprenderse, un fragmento del proyectil continuaba en órbita, centelleando al reflejar la luz del Sol, mientras ellos se alejaban velozmente hacia su nuevo encuentro.

— Contemplad nuestra obra —dijo Barbicane—. Ese disco metálico orbitará la Luna durante siglos.

— ¡Brindemos por el nuevo satélite lunar!.

Los tres viajeros sonrieron e intercambiaron comentarios sobre aquel inesperado suceso.

Fue durante la charla cuando Nicholl, preocupado, se dirigió al francés:

— He estado pensando... Hasta ahora solo conocíamos satélites que orbitaban planetas pero este nuevo objeto reclama un nuevo término ¿Cómo deberíamos denominar a la luna de una luna?.

— Mmm... Interesante...

Michel Ardan permaneció en silencio largo rato, hasta que su rostro se iluminó con una respuesta que parecía agradarle. Volviéndose hacia sus colegas, sugirió con voz solemne:

— ¿Flongorrio?.

Epílogo alternativo

Hilario Gómez Saafigueroa

20 de julio de 1969. — 20:17:40 UTC

Luna, Mar de la Tranquilidad

— Armstrong: *Houston, aquí base Tranquilidad. El Eagle ha alunizado.*

— Houston: *Tranquilidad, os recibimos. Aquí teníais a un montón de tíos a punto de ponerse azules. Estamos respirando de nuevo. Muchas gracias.*

— Collins —desde el Columbia, en órbita lunar—: *¡Fantástico!*

— Armstrong —unos minutos más tarde—: *Listo Houston, estoy en el portal.*

— Houston: *Roger, Neil… Ya tenemos la imagen por la televisión… Ahora podemos verte bajando la escalera.*

— Armstrong: *Estoy al pie de la escalera. Ahora voy a salir del módulo lunar. "Es sólo un pequeño paso para un hombre pero un gran salto para la humanidad". La superficie es de polvo fino. Puedo removerlo fácilmente con la suela y los lados de mi bota. Mis pies se hunden solamente una pequeña fracción de… ¡Vaya! ¿Qué es eso?*

— Aldrin: *¿Qué ocurre, Neil?*

— Armstrong: *Al norte del Águila, quizás a unos doscientos metros, hay algo que brilla bajo el Sol. Voy a acercarme.*

— Collins: *Tranquilidad, ¿qué sucede?*

— Armstrong: *Estoy ya solo a unas decenas de metros.*

— Aldrin: *Neil, te veo, y también veo esa cosa brillante. Voy a salir.*

— Armstrong: *Ya estoy casi al lado… Pero… ¡Es imposible!*

— Aldrin: *¿Neil? ¿Qué ves?*

— Houston: *Base Tranquilidad, ¿qué demonios está pasando ahí arriba? Neil, Buzz, contestad.*

— Armstrong: *Buzz, tienes que venir y confirmar que no me he vuelto completamente loco.*

— Aldrin: *OK, Neil. Salgo.*

— Houston: *Base Tranquilidad, informad por favor. Aquí todo el mundo está histérico.*

— Armstrong: *Es algo absolutamente increíble, Houston.*

— Aldrin: *Ya estoy junto a Neil… Santo Dios… Neil, o los dos estamos locos o alguien va a tener que reescribir los libros de Historia.*

— Houston: *Neil, Buzz, ¿Queréis informar de una vez? ¿Qué estáis viendo?*

— Armstrong: *Houston, delante de nosotros, a unos cuatro metros, hay un objeto metálico de forma cilíndrico—cónica, como una bala de cañón antigua. Está semienterrado en el regolito, junto a una enorme roca contra la que ha impactado. Estimo que el objeto tiene un diámetro aproximado de tres metros y unos cinco de longitud, aunque la parte delantera ha quedado deformada por el choque. El objeto ha dejado tras de sí un rastro en el regolito que se extiende al menos dos kilómetros en dirección Oeste.*

— Aldrin: *Houston, estoy al otro lado del cilindro. Hay una compuerta. Está reventada por el impacto. Voy a asomarme e iluminar el interior… ¡Oh, Dios! ¡Neil, ven!*

— Houston: *Tranquilidad, ¿qué estáis viendo?*

— Armstrong: *Houston, dentro hay cuatro cuerpos. Tres personas y un perro. Repito: dentro del proyectil hay cuatro cadáveres, tres humanos y un perro.*

— Houston: *Tranquilidad, Confirmad, ¿dentro de la nave hay tres astronautas muertos?*

— Armstrong: *Houston, no llevan trajes de astronauta ni nada parecido. De hecho, están ataviados con ropa de civil... Parece ropa del siglo XIX… y los objetos que les rodean también parecen sacados de una película de época.*

— Houston: *Base Tranquilidad, confirmad…*

La Carrera

Elías Gomis

J. M. Belfast estaba en su despacho pensando en la suerte de los tres hombres cuando llamaron a la puerta.

Era su amigo August, acompañado de Percival, su hijo de unos diez años. Les hizo un resumen sobre la suerte de los tripulantes mientras caminaban hasta el telescopio. Un ayudante trataba de ver al Columbiad cuando las nubes se abrían. El pequeño Percival, tímidamente, preguntó si podría ver Marte por el telescopio.

J. M. Belfast sonrió por primera vez en muchas horas y dijo:

— Tendrás que conformarte con la Luna.

El ayudante colocó al niño. Cuando ajustó su ojo al ocular, su cara mostró una amplia sorpresa que no fue nada comparada a la de los presentes.

— ¡Hay dos proyectiles!

J. M. Belfast no recordó nunca los minutos posteriores, solo que ya estaba en el ocular y veía dos proyectiles moviéndose sobre la Luna. Emocionado, dijo al niño:

— Percival Lowell, es un gran descubrimiento.

El presidente de los Estados Unidos recibía en esos momentos al embajador Koriolov. Este le transmitió un mensaje del zar Alejandro II, tan breve y sorprendente, que lo leyó dos veces:

"Tengo el orgullo de informarle que el pasado día 30 de noviembre, el Ejército Imperial Ruso, mandó un proyectil bautizado como ***пионер*** *(Pionero) a la Luna con tres astronautas a bordo. Sirva esta hazaña como señal de futura buena voluntad".*

Cuando se supo, la conmoción en Estados Unidos fue casi mayor que el mismo hecho del lanzamiento del Columbiad. Rusia se había adelantado. Fue un jarro de agua fría que casi se olvidó cuando J. M. Belfast y J. T. Maston anunciaron otra sorprendente noticia: tras observarse un pequeño destello en su base, uno de los proyectiles había variado su trayectoria. Inmediatamente, ocurrió lo mismo en el otro. Después del susto inicial, comprobaron que los dos abandonaban la órbita lunar.

Tres días después, el buque de guerra USS 1642 Arcetri esperaba en el Atlántico, a 200 millas de Cabo Cañaveral y a 165 millas de Charleston. La emoción a bordo era máxima. Un destello brilló en el cielo y con un prolongado trueno, uno de los proyectiles cayó en el mar, levantando un enorme géiser de vapor. Todos contuvieron la respiración hasta que el proyectil emergió de las profundidades marinas flotando como un enorme corcho de aluminio.

La portilla del proyectil se abrió y Barbicane saludó ante los aplausos de los rescatadores. El resto se asomó como pudo para disfrutar de aquel momento de gloria. Hasta los perros se sumaron con sus ladridos.

Otro estruendo resonó en el aire: el *Pionero* caía al mar varias millas al norte.

Americanos y rusos, reunidos ya a bordo, fueron agasajados por autoridades y marinos. Pidieron unas primeras palabras a Barbicane. Junto al cañón de proa dijo:

— Nunca me he sentido tan feliz… Y eso que los cañones que veo son ridículamente pequeños.

— Donde haya un buen blindaje… —apuntó Nicholl—.

Todos, hasta los rusos y a pesar del idioma, rieron hasta hartarse.

Postdata

Félix Moreno

Los tres hombres contemplaban en silencio la yerma y desolada superficie. Era una sensación abrumadora. Quizás demasiado. La luna. La imagen del más inalcanzable sueño de la humanidad se deslizaba imponente a través de la pequeña ventana. Fue entonces cuando lo vieron. Desde el borde izquierdo de la ventanilla avanzaba lentamente, de forma casi paralela a ellos, un objeto de brillo metálico. No se encontraría más allá de unos 150 metros y su forma cilíndrica y cónica en uno de sus extremos descartaba que aquello, fuera lo que fuera, pudiera ser de origen natural.

— ¡Houston! —dijo Stafford, con la profesionalidad que sólo un piloto de pruebas del ejército puede expresar frente a un hecho tan sorprendente—. Tenemos junto a nosotros, en una órbita ligeramente inferior a la nuestra un objeto metálico de origen desconocido.

— ¿Un objeto metálico? —contestó el Capcom—. ¿Un asteroide metálico o algo así?.

—No, sin duda es artificial. Os mandamos imágenes. John, ¿te importa?

Con un gesto el comandante del Apollo 10 indicó a John W. Young que cogiera la cámara de televisión y la enfocara hacia el objeto.

Durante unos interminables 10 minutos multitud teorías sobre el origen del objeto se debatieron con intensidad a través de los intercomunicadores. Al final y apremiados por el miedo a perder de vista aquella estructura con forma sorprendentemente parecida al módulo de mando, se decidió que, ya fuera un objeto alienígena o bien un artefacto de fabricación

soviética (las dos alternativas menos demenciales), el hecho tenía suficiente importancia como para alterar la misión y usar el módulo lunar para llegar hasta él y realizar una EVA para un análisis detallado.

El módulo lunar se situó a pocos metros de "la nave". Su estructura era muy simple. No se apreciaba ningún sistema de propulsión ni controles de actitud en el exterior. Rotaba lentamente sobre su eje mayor. Parecía tener cuatro aberturas circulares y lo que parecía una escotilla parcialmente reventada que podría dejar el suficiente hueco para que alguien con el traje espacial pasara a través de ella.

Cernan realizaría la salida mientras que Stafford tendría que pilotar el módulo lunar. Una vez dentro, Cenan apuntó la linterna atada a su antebrazo izquierdo con cinta americana y se dispuso a intentar encontrar las palabras adecuadas:

— Es… Como si se hubiera producido una explosión. Pero... Dios, esto es jodidamente raro.

Cenan se tomó unos segundos para asimilar el extraño caos que aparecía ante sus ojos.

— Todas las paredes aparecen recubiertas se una sustancia amorfa. Veo trozos de... madera, metal, papeles… Puedo reconocer... ¡Huesos!. Sí, son huesos como… aplastados. Sobre todo, en la parte posterior. Están mezclados con... ¿ropas victorianas o algo así?.

— ¡Eugene! No bromees. –espetó Stafford—.

No contestó. Pegado a la pared en un papel medio quemado, al final de un texto, se podía leer:

P.D.: Si algún viajero del futuro encuentra este papel será que no lo hemos conseguido. Que Dios nos acoja en su seno.

Firmado: Miguel Ardan.

Extracto: Misión "Apollo-Incertum"

Nadie

Archivo NNJ155107505.

Declaraciones del Comandante E. Cernan - Apollo XVII:

—"...tras dejar sobre el regolito la foto de mis hijas, elevé la vista al cielo, y entonces lo vi. No había dudas de que era un objeto orbitando la luna, y a todas luces tenía que ser artificial..."

—"...de vuelta en el módulo de mando, establecimos contacto visual in extremis antes de iniciar el regreso a la Tierra. No podíamos creerlo, pero estábamos viendo una especie de proyectil gigante. O era un espejismo en el desierto del espacio, o teníamos a la vista una bala con ventanas..."

Notas del Comité Especial JV-34GUN-NASA

— Las declaraciones, datos telemétricos y fotografías aportadas por la tripulación de la Apollo XVII no dejan lugar a dudas de que un objeto fabricado por el hombre, si no por otros seres, orbita la luna. Ignoramos por qué no ha sido detectado previamente desde la tierra por nuestros instrumentos. Se cree que los soviéticos no saben nada del asunto, o así pretenden que pensemos.

— Ante la gravedad de la situación, y reunidos los representantes del Comité, el Administrador General, los generales en jefe del Ejército y el Sr. Presidente de los Estados Unidos, este último da la orden de reactivar el programa Apollo para una última misión cuyo objetivo será estudiar el objeto tan exhaustivamente como sea posible. La misión será llamada Apollo-Incertum.

— Los trabajos no sólo no serán de dominio público, sino que se clasificarán como "máximo secreto".

— Se urdirán las explicaciones necesarias para justificar el lanzamiento del cohete, y se utilizarán los prototipos radiodistractivos disponibles para evitar que potencias extranjeras monitoricen la trayectoria de nuestra nave una vez salida de la órbita terrestre.

— Para contener al máximo la fuga de información, dado que son los únicos astronautas al tanto del asunto, y al ser los más preparados técnicamente por lo reciente de su entrenamiento específico, serán los tripulantes del Apollo XVII quienes lleven a cabo la misión ***Apollo-Incertum****.*

Declaraciones del Comandante E. Cernan - Apollo- Incertum:

—"...ignorábamos si sería posible el acoplamiento, pues todas las modificaciones de las esclusas se basaban en unas pocas fotografías hechas a toda prisa. La nave desconocida no respondió a la radio, ni a los golpes con el martillo durante la EVA con la que pretendimos contactar. Nada vimos a través de la escotilla, pues algo, juraría que una cortina, impedía la visión. Sólo podíamos, pues, invadir ese lugar desconocido y arriesgarnos a morir, quizá atacados por los rusos, quizá devorados por criaturas inimaginables..."

—"...el acoplamiento funcionó contra todo pronóstico. Y nada que yo hubiera previsto ni imaginado me habría podido preparar para lo que se presentó ante mis ojos horrorizados a la vez que fascinados. Porque lo que estaba viendo...¡era imposible!".

Nota final del Comité Especial JV—34GUN—NASA

—Se considera necesario, por el interés de la nación, clasificar al resto del informe como "ultrasecreto" y mantenerlo en ese estatus durante un período no inferior a 47 años.

Washington, D. C., 16 de enero de 1973.

El Comité.

Epílogo

Daniel Benítez

Día 25:

El ambiente es tenso. Sabemos que estamos cayendo hacia la Luna, pero nuestro descenso es demasiado lento.

Los perros no saben dónde están, eso les altera. Podría pensarse que eso es típico de las bestias en el espacio, pero de igual modo la situación está afectando a Barbicane y a Nicholl.

Al salir de la tierra e incluso antes, parecían haber resuelto sus diferencias, pero estos días en el espacio irritan sus ánimos; No sé si moriremos, pero no tenemos grandes esperanzas de lo contrario.

Día 45:

Ha ocurrido lo impensable. Nuestros amigos de la tierra, que en verdad no nos han olvidado, han enviado una granada con suministros! El tiro ha sido certero, pues hemos podido recuperarlos. Barbicane siempre confió en la balística.

Tenemos comida, agua y más clorato de potasa, así como potasa caústica, es decir, podemos comer, beber y respirar. Estamos felices, aún no vamos a morir.

La relación entre Barbicane y Nicholl sigue tensa, aunque con una tregua por la llegada de los suministros.

Los perros de algún modo han encontrado el momento para cumplir con su naturaleza y la perra de Nicholl está embarazada.

Dios bendiga a J.T. Matson que aún cree en nosotros y debe seguirnos desde nuestra añorada tierra.

Día 389:

Lo conseguimos. Hemos aterrizado o alunizado… no se que termino les parecerá mejor a los terrícolas…

Han pasado mucho desde la última vez que escribí…

Con la cuarta granada de suministros, nuestra sorpresa fue máxima!, nuestro querido J.T. Matson adoptando el papel de una divinidad, decidió enviarnos lo más sorprendente! Una mujer!, su nombre es Yin.

Su llegada nos sorprendió y alegró a todos, además de ser una inestimable compañera, tiene conocimientos de medicina.

Desde la llegada de Yin, los tres hemos competido por pasar siquiera unos minutos conversando con este ángel caído del cielo.

Pero lo importante es que estamos en el suelo. Cuatro navegantes en un territorio desconocido. Aún no hemos salido de lo que ahora llamamos casa, pero estamos en tierra, o mejor en luna.. ya se verá.

Día 7300:

Somos mil quinientos habitantes en Stone's Hill, pero quizá sólo yo recuerdo el día en que fuimos disparados desde allí.

Me siento cansado pero feliz, estos años han sido de duro trabajo. Las granadas siguieron llegando, sin embargo ya no fueron disparadas, sino lanzadas…

Somos piezas de museo, al menos Barbicane y yo… los últimos pioneros tras la muerte de Nicholl y Yin.

Rememoro y sé que el tiempo vivido ha sido duro… sufrimos… pero abrimos la puerta hacia la estrellas. Aún no hemos llegado hasta ellas, pero las vemos. Están ahí.

Los marcianos dicen que serán ellos los primeros en llegar.

Yo no lo creo. Fuimos nosotros los pioneros, fuimos nosotros quien llegamos allí, pero de eso no se acuerdan…

Un día, en el descanso de la guerra, no supimos a donde disparar y apuntamos a la Luna, luego a Marte y luego ya se verá… Pero salimos de la orilla del océano cósmico y nos adentramos en lo desconocido, quizá aún sólo hasta los tobillos, pero nadie puede negar que estamos dentro y nuestro rumbo lo marcan aquellos que nos precedieron, aunque ellos lo hicieran a mandos de naves hechas de imaginación.

10 millones de años después

Julio Nogales Bueno

Barbin sentía que estaba cerca de resolverlo. Habían pasado ya 30 ciclos de Azul desde que los sabios anunciaron su descubrimiento: toda la vida de la Cápsula había sido creada por los Tres Dioses. Él sentía que algo no encajaba. Conocía perfectamente las sagradas escrituras, pues era uno de los mayores expertos en lectura arcaica del mundo. Por más que las estudiaba, no encontraba nada que indicara que los Tres Dioses pretendieran crear vida. Su objetivo era realizar un viaje.

Estaba casi seguro de que ellos querían viajar desde Azul a Blanco. Las escrituras describían perfectamente a Azul, un mundo inmenso lleno de dioses enormes. Además, hablaban mucho sobre Blanco, pero a Barbin le daba la impresión que no lo conocían tan bien. Su intención era explorarlo.

Sin embargo, no entendía como habían podido llegar allí. Por más que investigaba, no encontraba nada que hubiera podido impulsar a Cápsula. ¿Y cómo podrían haber llegado tan lejos de Azul sin ningún tipo de sistema propulsor? El problema era que no podía abstraerse. Su mente siempre intentaba buscar soluciones semejantes a las desarrolladas por su civilización. Desde los arcaicos motores químicos que se usaban para desplazarse por las superficies de Cápsula a los modernos reactores magnéticos que imitaban los procesos que se daban en el lejano Luz. Pero seguro que la solución sería otra. Los dioses tendrían una tecnología mucho más avanzada. Tanto que él no podía imaginarse cual.

Casi se había rendido cuando decidió estudiar la “reliquia” que le había traído su amigo Ardy hacía 6 giros de Blanco. Ardy era un buen chico, pero su gran entusiasmo lo perdía. Era casi imposible encontrar nada nuevo en la irregular Superficie

Circular donde se habían encontrado las sagradas escrituras. Las empresas extractoras de recursos lo habían destruido todo hacía ya mucho tiempo. Además, casi todo lo que se había encontrado no contenía más que algunos símbolos inconexos.

Fue al laboratorio donde trabajaba. Allí disponía de las instalaciones necesarias para desenrollar el enorme documento y obtener una imagen a escala de lo que contenía. Era el fragmento de una figura. Quizás Ardy no había sido demasiado entusiasta esta vez, las sagradas escrituras no contenían casi ninguna figura.

Lo que veía era imposible. Parecía el esquema de un cañón, como los usados por los antiguos Capsulitas para guerrear. Pero el proyectil que aparecía dibujado en el interior del cañón le era muy familiar, era una vista exterior de Cápsula. Esa forma de impulsión sería un suicidio. Sin hacer ningún cálculo, Barbin sabía que la aceleración generada en ese cañón sería extremadamente superior a la que soportaría cualquier forma de vida. Un disparo así habría hecho que todo el interior de Cápsula fuera aplastado sobre su superficie inferior. Esta era la gran Superficie Circular. Justo donde su civilización había encontrado las sagradas escrituras y todas las pruebas de la existencia de los dioses. Donde suponían que su especie surgió. Sin duda, ese descubrimiento cambiaría radicalmente la sociedad de Cápsula.

Legado

Juan José Paredes

El lanzador orbital de riel está listo para el envío no tripulado a órbita, y en Florida ya se ha preparado el transbordador para su lanzamiento con la tripulación. ¿Qué demonios debe faltar más?. Esa es la pregunta que todo buen ciudadano de a pie se hace. Hace décadas que se lanzaron al espacio con aquel experimento y quedó el misterio de lo que sucedió alrededor de la Luna, pero ese misterio esperan que se pueda resolver en breve, gracias a estos nuevos cosmonautas. Que no solo arriesgan sus vidas para desvelar el misterio, si no que las arriesgan para por fin llegar a nuestra compañera de viaje.

Aun recuerdo de pequeño como nos explicaban en el colegio como aquellos aventureros se lanzaron con un cañón de pólvora hacia la órbita lunar desde Florida, y como no volvimos a conocer nada de su suerte, ni de su destino, al quedar perpetuamente ligados a nuestro satélite.

Ahora ir al espacio no es menos peligroso que hace unos años, pero ya estamos más acostumbrados a ver imágenes de la Tierra o de los astros como hasta ahora no podíamos.

Hemos avanzado mucho desde aquel lanzamiento. Aquello también cambió al mundo, nos cambió a todos, nos unió. Logró para todas las rencillas que nos hacían pelear, todas aquellas trifulcas o batallas. Todas pararon al ver lo que lograron aquellos valientes, o más bien, lo que no llegaron a lograr. Pero eso sí, nuestra historia cambió para bien.

Ya no se viaja al espacio con una bala de cañón, eso solo fue al principio, muy al principio. Ahora ya tenemos transbordadores que hacen que ese viaje allí arriba sea más rápido y seguro. Y mientras la tripulación llega a la órbita, desde Florida, casi desde el mismo lugar del primer lanzamiento, el súper

lanzador orbital de riel, alimentado por dos centrales nucleares, después de una súper aceleración en un circuito cerrado hasta alcanzar la velocidad de escape necesaria, lanza al espacio todo el material que necesitarán allí arriba. El primer uso que se le dio, la construcción de la estación espacial, era la forma más económica de enviar materiales a órbita y sin dañar a tripulantes. Una vez en órbita, realizan un *rendez—vous* el transbordador y el camión de la mudanza, es así como le llaman, y ya pueden emprender su viaje.

Quién sabe qué encontrarán allí arriba, no somos capaces de imaginar por lo que debieron pasar aquellos días en las tripas de ese amasijo de metal. Unos aventureros a los que les debemos tanto. Se han avivado voces que piden que lo dejen estar, que ese mausoleo o más bien monumento a la ciencia, continúe en órbita por los años de los años, para que nos continúe recordando cual es el camino a seguir. En cambio otros desean dar santa sepultura a los desdichados aventureros.

Queda ya poco, en solo unos días, seremos por fin conocedores del final de esta historia.

Epílogo

Leonardo Yáñez

Más de doce lunas han pasado, tiempo límite para los víveres calculados. Una vuelta completa alrededor del Sol en el cual, el secretario del Gun—Club, el veterano J.T. Maston, no ha dejado de evocarlos, de pensarlos, de buscar la manera de comunicarse, de observarse en ese espejo llamado Luna.

Las especulaciones acerca de lo que habría ocurrido con los tripulantes Nicholl, Barbicane y Michel Ardan, se encontraban por doquier. Astrólogos de todos los rincones del planeta leían cartas natales y barajas donde sólo el resultado final coincidía; periódicos amarillistas como el New York World publicaban extrañas teorías de selenitas caníbales jíbaros, e incluso desde el observatorio del Harvard College aseguraban una desviación final en la trayectoria del proyectil y lo demostraban con fórmulas físicas en desuso que tenía a toda la comunidad científica alterada y distraída en asuntos tangenciales.

El químico británico Warren de la Rue logró una placa fotográfica en la cual decía ver una explosión de polvo cerca del cráter Linné, y esto coincidió con observaciones del cartógrafo y geofísico alemán Johann Friederich Julius Schmidt. Desde observatorios de Chile, Sudáfrica y Australia afirmaban haber perdido de vista el proyectil, y se concentraron en catálogos de nebulosas y cúmulos de estrellas. El mundo completo comenzó a darlos por muertos.

Lo cierto es que ningún miembro Gun-Club pudo confirmar el último tránsito, pero se excusaban, al igual que el año anterior, en el tiempo meteorológico que no amainaba.

Más de doce lunas habían pasado cuando llegó una sorpresa al despacho de J.T. Maston. Un sobre lacrado con iniciales grabadas en alfabeto cirílico.

Varios testigos coincidieron en haberse topado minutos antes con un hombre hundido en un gabán y con acento de la Rusia zarista.

Maston abrió el sobre y se encontró en el interior con un boceto del proyectil en tinta china. El dibujo estaba firmado por el astrónomo ruso Otto Vasílevich Struve, del Observatorio de Pulkovo. En los trazos se veía un módulo despegando desde suelo lunar hacia el resto del proyectil en órbita (con dos llamadas al pie de página, en donde se detallaba sólo los nombres de Barbicane y Nicholl). En un segundo plano y muy pequeña, se encontraba dibujada La Tierra, parcialmente iluminada por el Sol.

Los investigadores del Gun-Club se contactaron con el grupo de la Academia de Ciencias de Rusia, a través de los cuáles se dio con Struve, que estaba esperando el contacto. Hubo un intercambio de correspondencias y cables telegráficos, con varias postas en Europa, la respuesta fue lo más inmediata posible.

Struve explicaba que el boceto era una réplica de lo dibujado en suelo lunar, al sur del Mar de la Tranquilidad, y observado con el mejor telescopio del momento. La figura al frente, dos de los tripulantes de la cápsula, en un segundo plano la Luna y su horizonte, y de fondo el planeta Tierra.

Se veía representado en polvo lunar (y con muchas pequeñas huellas a su alrededor) a toda la humanidad menos uno. La firma del artista: Michel Ardan, el tercero de los tripulantes.

Exploradores

Javier Ibáñez

— ¡BLAM!.

La alerta de proximidad retumbó como un disparo en la cabina del Maestro Explorador. No podía estar sucediendo, se dijo. Aun así reaccionó y controló su pánico. Trazar planes se le daba bien, por eso le habían seleccionado.

— Mimetizarse, YA. Omega a vector-7, YA.

— ¡BLAM!

— Norma de ataque Beta, YA. Armas, EN ESPERA.

Las órdenes emergieron de su cerebro como torpedos de ferrita y llegaron de forma instantánea a sus dos compañeras que estaban procesando combustible en forma de hielo del fondo del cráter del satélite.

Y con la misma velocidad se cumplieron.

— Dispersión, YA. Armas, EN ESPERA.

La nave del Maestro Explorador era esbelta pero letal. El material que la recubría, absorbía la radiación de la estrella cercana y alimentaba sus sistemas. Afiladas como cuchillas, las tres naves habían sido diseñadas para navegar en las atmósferas de los gigantes gaseosos e investigar de cerca el interior de los planetas que su casta de científicos llevaba años analizando. Procedían del lejano planeta errante y buscaban con un único objetivo: encontrar un hogar para su segunda migración. Y buscaban con la fuerza que les daba el anhelo de toda una civilización para escapar de la tiranía de la oscuridad del espacio y volver a la luz que creó a sus ancestros, millones de años atrás.

Ya habían explorado los planetas exteriores y sus sistemas de lunas pero habían sido una gran decepción; gases venenosos y vientos feroces. Radiación. Fuego. Hielo. Ninguno apto para sus colonias.

Sin embargo conforme se acercaron a la estrella, el fracaso se convirtió en esperanza: primero hallaron un planeta rocoso de color rojizo, rico en materiales valiosos aunque sin apenas atmósfera. Una posibilidad para sus cúpulas.

Más tarde habían encontrado un planeta en apariencia adecuado, con una inmensa luna gris. Los exploradores habían sondeado el mundo azul con sus sensores sin encontrar muestras de vida inteligente. La falta de señales indicaba que no había civilización mientras que la composición de su atmósfera permitiría la vida con base en carbono. Un planeta refugio, pensaron al unísono.

Y entonces…

— ¡BLAM!

El Maestro Explorador envió órdenes y se separó de sus compañeras. Sus sistemas pasivos empezaron a seguir la trayectoria balística del vagón—proyectil que, sin propulsor que lo delatara, había llegado desde el planeta azul.

Se mimetizó con la superficie gris craterizada y observó a Omega retirarse, obediente, interponiendo la masa de la luna entre ella y el intruso. Por lo menos una debía sobrevivir.

El cono metálico albergaba vida en su interior y seguía un rumbo directo hacia la zona donde el Maestro Explorador se encontraba. Un mensajero o un explorador como ellos, pensó. Pero no reaccionaban a sus señales. Inmutables. ¿Por qué?

Y su cerebro, alarmado, calibró otra posibilidad: Un cazador-destructor.

— ¡BLAM!

— Armas, EN ESPERA.

Sin respuesta del intruso que en breve entraría en órbita justo donde estaba su grupo explorador, tenía que trazar planes.

Y los planes siempre se la habían dado bien.

— ¡BLAM!

— Omega, evasión, YA.

— ¡BLAM!

— Épsilon, iluminar el blanco YA.

— ¡BLAM!

— Armas…

Epílogo

Miguel Seara

El capitán Don Francisco Crespo con las manos a la espalda y la cabeza gacha, recorría en círculos su despacho a paso vivo. En su mano derecha apretaba con fuerza un arrugado telegrama:

El proyectil no ha llegado. Stop.

Americanos orbitan alrededor de la Luna. Stop.

En una esquina, el químico Don Julián Oramas aguardaba en silencio a que el capitán se pronunciase ante la extraña noticia.

— Aun considerando que han errado el tiro y aunque cierto es que este hecho nos deja margen para conseguir nosotros lo que ellos no han podido, no puedo admitir que me sienta contento por ello. Esos desdichados, por culpa de su precipitación, girarán *ad eternum* alrededor de la Luna, irónicamente como un satélite menor de nuestro propio satélite.

— Así es. Pero ya nada se puede hacer por ellos —dijo Don Julián, pragmáticamente—. De todos modos, entiendo que pesar de dichas circunstancias nuestro plan sigue adelante.

— Hummm, por supuesto, por supuesto, pero...

— ¿Pero qué? —dijo el químico, hombre de pocas palabras—

— ¡Aaarrgh! Pero que ahora no podemos lanzar sin más nuestro proyectil y alcanzar la Luna. ¿Es que no se da cuenta, Julián? Todas la naciones del mundo se nos echarían encima como lobos rabiosos tildándonos de aprovechados. Nunca nos perdonarían el haber mantenido todo en secreto, y que luego, tras estos desafortunados acontecimientos, tratar de adelantarnos a los americanos. Nunca entenderían que nuestro pro-

yecto, planeado con mayor antelación, siempre fue más serio, más meditado. Sabíamos de antemano que acertar a la Luna era harto complicado; que el orbitarla, más cerca o más lejos al principio, para luego tratar de descender en globo, era lo más apropiado; que el proyectil no podría volar libre, sino que debería corregir su dirección con los propulsores químicos que usted mismo ha diseñado e instalado en nuestro proyectil; y ¡que diantres!, que ya solo nuestro cañón, una obra de ingeniería titánica, es mucho mejor que ese *Columbiad* suyo. Esta iba a ser la gesta que nos haría merecedores de la eterna gloria y la fama de la conquista de la Luna para el Gran Reino de España. Y ahora, ahora todo ha virado en nuestra contra, por lo que ya solo nos resta hacer una única cosa...

— ¿Qué cosa? —preguntó Don Julián, resignado—.

— Prepárelo todo para mañana a la tarde: el proyectil por etapas, los propelentes volcánicos, y por supuesto, todo lo que podamos necesitar en nuestro viaje. Iremos a su encuentro. Hemos de rescatarlos.

Don Julián salió en silencio del despacho. Luego el capitán sosegó su paso y acercándose al balcón se asomó al exterior. El sol del atardecer coloreaba el paisaje de hermosos tonos dorados excepto allí donde la sombra piramidal del volcán lo tocaba.

El Teide, el mayor cañón jamás construido por el hombre, esperaba solemne a entrar en acción.

La carta de Berlín

Luis Miguel Pascual Gómez

Berlín, 1 de diciembre de 1871.

Vapor Atlanta, por valija diplomática.

Destinatario:

Gun-Club, J.T. Maston, presidente accidental.

Baltimore, Maryland.

Estimado Sr. Maston.

Hace unos días, Herr Georg August Schweinfurth[1], geólogo y botánico alemán, reconocido por sus exploraciones africanas, solicitó ser recibido con discreción junto con el conocido industrial siderúrgico Herr Alfred Krupp[2] por un asunto importante. Conozco personalmente a ambos, pero dados los convulsos tiempos en que vivimos les recibí acompañado, por precaución, de nuestro agregado militar. Permítame resumirle la sorprendente conversación que mantuvimos y que da pie a esta misiva.

La expedición dirigida por Georg en la provincia oriental del Congo Belga tuvo noticias el pasado febrero de una tribu de costumbres caníbales no descrita anteriormente, llamada *Mangbetu*[3], con quienes entablaron contacto para su estudio. Entre otras historias tribales, recabaron una referida a una gran bola de fuego que no mucho atrás cayó del cielo, chocando con una montaña cercana y de la que el chamán, el único que osó acercarse, recogió unas extrañas piedras de aspecto metálico.

Ante la posibilidad de hallar un gran aerolito de indudable interés geológico no cejó hasta conseguir que, a pesar de su temor, el chamán les mostrase el lugar del suceso.

Allí encontraron huellas de un violentísimo impacto, tomaron muestras y anotaciones, (adjunto unos excelentes dibujos a tinta del propio Georg) y constataron que el aerolito estaba compuesto por un elemento metálico de gran pureza, muy fragmentado por el impacto. Uno particularmente singular que llamó su atención es la pieza quemada y retorcida que se adjunta a esta carta.

Nada más regresar de África, hace apenas dos meses, Georg la envió al laboratorio de la Universidad de Múnich. Las pruebas confirmaron su sospecha de que se trata de aluminio —indudablemente fabricado por el método Deville—Debray[4]—, y que las muescas que presenta también son de origen humano ya que su estudio microscópico denota el uso de un troquel.

Sugieren, además, que dichas marcas podrían ser una "B" mayúscula y debajo una "A" mayúscula seguida de una "L" minúscula, siendo el resto inidentificable.

Sorprendido, Georg consultó entonces a su amigo Alfred, experto metalúrgico, quien al examinar la pieza se desplomó anonadado en su asiento al comprender el alcance del hallazgo. Ambos estimaron, con buen criterio, que era imprescindible informar discretamente y sin dilación.

Todo indica, sin apenas asomo de duda, que tanto la pieza como las iniciales "B" y "Al" son producto de la fundición de Breadwill y Cía, de Albany.

Habrá comprendido por el relato, estimado Sr. Maston, que la pieza que tiene en sus manos pertenece al proyectil del Columbiad, ocupado por los señores Barbicane, Ardan y Nicholl, disparado hoy hace seis años y del que no se han tenido noticias hasta este triste descubrimiento. Mis más sinceras condolencias.

He comunicado estos hechos por cable a nuestro Presidente Ulises S. Grant y al Canciller Von Bismark. Ambos han accedido a que sea usted como presidente del Gun-Club, quien haga pública la noticia en la manera que estime más conveniente.

Atentamente.

George Bancroft[5]

Heads of the U.S. Legation at Berlin (Prusia, Imperio Alemán)

Notas:
1 - https://es.wikipedia.org/wiki/Georg_August_Schweinfurth
2 - https://es.wikipedia.org/wiki/Friedrich_Alfred_Krupp
3 - https://es.wikipedia.org/wiki/Pueblo_mangbetu
4 - En 1854: Claire Deville junto con Jules Henri Debray logran producir industrialmente aluminio por reducción de cloruro de sodio (NaAlCl4).
5 - https://en.wikipedia.org/wiki/George_Bancroft

No juegues al golf en Fra Mauro

Víctor Sanguino

La etapa superior del LEM sale disparada, menos airosa de lo que se supone, pero con empuje suficiente para abandonar el abrazo de la Luna. En su interior, Shepard y Mitchell viajan algo más apretados de lo previsto, rodeados de muestras que jamás habían pensado que recogerían. No les hacen demasiado caso, al fin y al cabo son astronautas entrenados, y ya tuvieron su ración de asombro cuando hicieron el descubrimiento. Pero en los momentos de calma, según se acercan al Kitty Hawk, piensan en la conmoción que va a suponer para la Humanidad. En pocas horas saldrán de su error, cuando la CIA y la oficina del Presidente tomen el control y decreten el secreto absoluto, y Shepard llegue a arrepentirse de haber llevado de polizón a la Luna un hierro 6.

Hacía apenas unas pocas horas, Shepard sonreía mientras la bola de golf se disponía a volar millas y millas… Y sin embargo, cayó a unos cientos de yardas, rebotando sobre el borde de una loma que comenzó a destellar según se difuminaba la nube de polvo levantado. Mitchell y Shepard sintieron que algo no encajaba en lo que acababa de pasar. Sin esperar el permiso de Houston se dirigieron hacia la loma, y conforme se acercaban, vieron como el punto brillante se transformaba en una superficie lisa allí donde había desaparecido el polvo. Parecían los restos de una nave en forma de bala, de unos 9 pies de diámetro y abierta como un melón por el impacto, que había dejado claras marcas a lo largo de una milla de regolito.

Shepard siente aún, mientras echa un vistazo a los controles durante el ascenso, punzadas de miedo, del profundo miedo que sintieron en ese momento. Les ordenaron volver al LEM, y a punto estuvieron de iniciar los procedimientos de despegue.

Pero alguien en Houston, frío como un témpano, debió pensar que ellos estaban para correr riesgos. Así que ordenaron que uno de los dos volviera a revisar los restos. Y Shepard lo hizo. A partir de ahí, sus recuerdos son fogonazos en una vorágine de asombro e incredulidad. Los portillos de la nave, alguno intacto, sobre la superficie que quedaba al descubierto, no eran muy diferentes de los de un barco antiguo. Una figura semejante a la momia de un perro, retorcida en una postura imposible, yacía parcialmente cubierta de polvo no lejos de la enorme brecha del casco. Recuerda un barullo de objetos familiares, recipientes, instrumentos, y, con una nueva punzada de miedo, varias momias más de apariencia humana que se podían ver iluminando el agujero…

En la mente de Shepard, como en la de sus compañeros en la Luna y en el control de Houston, las piezas del puzle imposible acabaron de encajar cuando, en una placa soldada sobre la superficie de la destrozada nave, pudo leer: *"Propiedad del Gun-Club, Baltimore, Estados Unidos de América".*

Capítulo XXIX. El mensaje

David Rodríguez

J.T. Maston comprobó como los cálculos que el astrónomo Clarke del observatorio de Cambridge le había hecho llegar esa misma mañana se correspondían con la realidad con una exactitud reconfortante.

— ¡Ahí están! —exclamó sin que nadie pudiera escucharle.

El telescopio de Long's Peak desde donde observaba la trayectoria del proyectil se había convertido en su hogar. Paradójicamente se sentía más solo y perdido de lo que lo debían de hacer los intrépidos viajeros.

— ¡10 horas y casi 28 minutos! —revisó las notas y sintió una fascinación casi mística al leer que se estaban desplazando a más de 2300 millas por hora.

En los días que habían transcurrido desde el lanzamiento no había podido dejar de desear estar con ellos. Difícilmente hubiese aportado algo provechoso a aquella prodigiosa tripulación, pero desde la Tierra no podía más que observarlos con la esperanza de que la exasperante y fascinante exactitud del movimiento de los cuerpos estelares decayera.

Mientras escudriñaba el transito del proyectil cayó en la cuenta de que sus cavilaciones sobre eventuales planes de rescate habían dado paso a una inconexa sucesión de recuerdos de lo que había vivido durante los últimos meses. Estaba reviviendo en su cabeza aquel paseo triunfal de Barbicane por la ciudad de Maryland, después de anunciar al mundo su proyecto, cuando una luz fugaz le devolvió a la realidad.

¿Podía ser posible?.

— ¡Si, ahí estaba de nuevo!.

Una luz intermitente iluminaba el proyectil. Apenas tenía la intensidad justa para poder ser captada por el monumental telescopio, pero incendió su ánimo como una infinidad de llameantes estrellas. Percibió que la duración de las luces no era constante, unas duraban cerca de un segundo, otras lo hacían tan solo un instante. Pronto cayó en la cuenta de que se trataba del código de comunicación que había ideado Samuel Morse.

Presa del nerviosismo extrajo su pluma del bolsillo de la chaqueta y comenzó a registrar la secuencia de luces. No estaba familiarizado con el método de anotación por lo que decidió dibujar un circulo cuando la señal fuera corta y una equis cuando se tratara de una ráfaga larga. Poco después las señales pararon, pero comenzaron de nuevo trascurrido aproximadamente un minuto. Una hora más tarde ya había podido comprobar que el mensaje se componía de 161 señales luminosas que se repetían en bucle una y otra vez.

Corrió hasta una pequeña sala adjunta a la construcción principal de telescopio, buscó en el estante que junto con una pequeña mesa de madera componían todo el mobiliario de la estancia, localizó una hoja doblada por la mitad y comenzó a decodificar el mensaje letra a letra, anotándolas en la parte inferior de aquella misma hoja.

Cuando terminó, las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos, su vista se nubló, arrugó la hoja con desesperación y corrió de vuelta al telescopio con la esperanza de poder observar de nuevo las luces antes de que cesaran.

Luces con oxígeno.
Última órbita vivos.
No vengáis.
No hay nada.
Es preciosa.

Epílogo

Adolfo Sanz

Royal Observatory Greenwich, 3 de febrero.

A los señores J.M. Belfast y J.T. Maston del Observatorio de Cambridge.

Muy estimados señores:

Hemos seguido con enorme interés y preocupación la expedición de los señores Barbicane, Nicholl y Ardan y estamos al tanto de sus dificultades. En estos momentos tan oscuros, creemos poder ofrecer un rayo de esperanza.

Desde hace un tiempo, los matemáticos de la Royal Military Academy, en Woolwitch, liderados por el honorable señor William Moore, han llevado a cabo estudios para desarrollar ingenios que se autopropulsen. Este tipo de proyectiles, llamados cohetes, estarían impulsados por gases obtenidos en reacciones químicas. Las pruebas que hemos realizado nos indican que, combinando el impulso inicial de un cañón y el proporcionado por la reacción química, el cohete podría escapar de la gravedad terrestre. (...)

Por otra parte, hemos revisado las consideraciones que los insignes miembros de su observatorio realizaron sobre las opciones de lanzamiento y creemos que la ventana de oportunidad es mucho menos restrictiva, por lo que podría plantearse el despegue de un cohete, con tripulantes y víveres, en una misión de rescate en la luna llena del próximo día 31 de marzo. (...)

Más allá de las diferencias que nuestras naciones han tenido y tienen, los científicos de este observatorio quedamos a su disposición para colaborar en todas aquellas tareas que consideren necesarias para traer de vuelta a los tres audaces aventureros.

Atentamente.

Paul Murd, Director del Royal Observatory Greenwich

Al pie del cañón, J.T. Maston releyó algunos de los párrafos de la carta que, tres semanas antes, había recibido. Nunca hubiese pensado que la mejor opción para recuperar a sus amigos viniese de la Pérfida Albión. En este tiempo había removido cielo y Tierra para desarrollar un "cohete" y adaptar el Columbiad para su lanzamiento. Dobló la carta, saludó a la ansiosa multitud y entró en la cabina en la que ya estaban los comandantes R. Gordon y V. Brand. Esta vez, nada ni nadie impediría que partiera.

En esta ocasión, el lanzamiento del cohete fue mucho menos espectacular y el proyectil partió sin la monstruosa detonación del primero de diciembre. Según las observaciones del Long's Peak la fallida nave lunar estaba describiendo una espiral de caída hacia la Luna y el plan de rescate se aprovechó de esa circunstancia: se acercaron a ellos en el punto de mayor aproximación a la Luna y aprovecharon la tenue atmósfera lunar para evitar que murieran ahogados al abrir la cápsula.

Barbicane, Nicholl y Ardan yacían en un estado lamentable. Desaseados y rodeados de restos de comida y algunos huesos, apenas pudieron incorporarse mientras Gordon y Brand entraban en su habitáculo. Cuando completaron la evacuación el inefable J. T. Maston cerró con su garfio de hierro la escotilla y se apresuró a atender a los dolientes exploradores.

Se alejaban ya a gran velocidad, cuando Michel Ardan levantó los ojos y mirando a la menguante Luna a través de la ventanilla dijo:

— Volveremos. Y lo lograremos. En nombre de toda la Humanidad.

El destino

Sergio Ortega (Kapy)

Han pasado ya doce años desde que se viera cumplido el sueño de aquel gran J.T. Maston y en general del Gun-Club, y aunque el mundo entero estaba completamente fascinado por aquella imposible empresa, apenas un puñado de agnósticos y algún que otro ilustre científico pudieron presagiar que aquella aventura pudiera terminar de aquel modo.

Quizás no fue la hazaña deseada por Michel Ardan, pero muchos sabían que para Nicholl y Barbicane lo ocurrido siempre fue una posibilidad, casi un deseo.

Todo el mundo conocía cuál había sido la semilla que marcaría el rumbo de las siguientes décadas, todos y cada uno de ellos recordarían aquel día en el que el Gran Columbiad lanzó con grandes bocanadas de fuego y mayor estruendo el proyectil donde viajarían sus tres exploradores con sus acompañantes cuadrúpedos, y cómo tras desviarse de su ruta comenzó a formar una parábola hacia el este antes de verlo desaparecer tras la maraña de nubes que ocultaban su destino.

Nadie conocía entonces cuál sería su derrotero, ni tan siquiera J.T. Maston, quien seguía el disparo desde el observatorio de Cambridge, y que creyó verlo entrando en órbita lunar, pero no fue hasta pasadas varias horas desde el lanzamiento, que algunos ciudadanos de Versalles avistaron en el cielo un objeto brillante que se dirigía hacia el noroeste, y donde apenas unos segundos después este impactaba con un estruendo casi mayor a su explosiva salida en el centro de París. Ni los más avezados artilleros hubieran podido calcular la trayectoria de un disparo semejante, el cual no pudo hacer mejor blanco que en la insignia de la ciudad, metal contra metal, la Torre Eiffel.

Lo que no todo el mundo conoce es el motivo concreto por el que se inició la gran guerra, y es que no fue la destrucción de aquella emblemática edificación el causante de todo lo que posteriormente acaeció, el motivo por el que J.T. Maston puso a su país y a sus aliados en pie de guerra fue descubrir que los franceses estaban comerciando con lo que llamaban mermelada lunar. Esa viscosa y repugnante sustancia que los parisinos extrajeron de entre el amasijo de hierro fundido, sin duda se trataba de los restos licuados, mezclados y carbonizados de su compatriota Michel Ardan y de sus otros cuatro pasajeros, que vendían a precio de oro entre la flor y nata parisina. Nunca se supo exactamente bajo qué efectos milagrosos se vendió dicho ungüento, pero lo que sí se sabe es que apenas unas semanas después del incidente ya no quedaba ni una sola lágrima de aquel producto.

Tras más de una década desde aquel fatídico día ya pocos miran hacia el cielo más allá de las rutas de los proyectiles, nadie recuerda ya que hubo una época en la que se deseaba llegar más allá en misiones de aventura y exploración. Pero lo que las generaciones futuras verán es que aunque pasen miles de años, la luna siempre estará esperando a ser un objetivo para la humanidad.